

bajo difieren de ellos en absoluto y los sobrepasa en el volumen y diversidad de los temas, en la acuciosidad de su labor de artífice.

Latorre ha llegado a obtener un perfecto dominio en su técnica literaria. Si en su primera obra pudo criticársele un exceso de descripciones, especialmente de paisajes, posteriormente ha llegado a un equilibrio que es casi la perfección. «Hombres de la Selva», la preciosa novelita que acaba de publicar en su N.º 9 de «Narraciones de Zig-Zag» es un testimonio de nuestro aserto.

Latorre, junto a su vigoroso poder narrador, posee cualidades de refinado estilista. La sobriedad de expresión y la justeza de imágenes, añaden relieve al relato.

Aquí tenemos, por ejemplo, esta novela breve en que se canta la epopeya de los conquistadores de la selva sureña. Los hombres desfilan con la pausada grandeza de las personalidades fuertes y representativas de nuestra raza. Juan Azócar, el «Toro Frutilla», «Juan Diablo», «La Brígida», son personajes que se mueven en su ambiente con asombrosa vitalidad. La montaña vibra y se adueña de nuestro ser, a tal punto que, al llegar al final del relato, con su tragedia culminante, sentimos la impresión de que ella es un protagonista más, que ha contribuido al lógico desenlace.

No se podrá hablar de Chile en el futuro, sin que se tenga que recurrir en consulta a Latorre, uno de los historiadores y descriptores más hondos de sus calladas epopeyas y de su imponente naturaleza.

DE REPENTE, por *Diego Muñoz*, Santiago de Chile.—Novela «Zig-Zag».

El autor de esta novela es un escritor que, según creo, no llega aún a la treintena. Ha hecho una vasta labor como periodista en «Las Últimas Noticias» en donde se han publicado crónicas diarias, durante un buen número de años.

Ya como «croniqueur» ha llamado la atención por su estilo

rápido, compendioso, lleno de imágenes nuevas y pintorescas. Durante la Dictadura de Ibáñez, fué suspendido de sus clases en la Universidad, en la cual seguía Leyes, por haber tomado parte en algunos disturbios estudiantiles. Se vió obligado a salir del país y continuar su curso en Ecuador, en donde recibió título de abogado. De ese país continuó enviando a «Las Últimas Noticias» crónicas ágiles y evocadoras.

En «El Mercurio» de Santiago se publicaron varios de sus cuentos. Es la primera obra netamente artística que conocimos y tuvimos el placer de saludar, en él, a un escritor de extraordinario vigor.

Publicó en 1931 una novela «La Avalancha» relato de los cruentos sucesos que se desarrollaron en las postrimerías de la administración Ibáñez y que motivaron su caída.

Su último libro «De repente» si no es una obra de esas que se suelen llamar definitivas en la consagración de un escritor, es, al menos, una novela que revela un temperamento nuevo y originalísimo.

Como en sus cuentos, la nota de amarga observación psicológica es la que domina. Tiene en eso alguna semejanza con los temas, y la manera de tratarlos de los escritores rusos de todas las épocas desde Gogol y Dostoyewsky, a Gladkow, Panferof, Lanof, y otros, de la última generación.

Algo de la fluidez adquirida en el periodismo, ha venido a servirle a Diego Muñoz, en su obra artística. Ni una sola descripción del ambiente material, ni el más leve relato retrospectivo, de la vida de sus personajes. Estos llegan a la novela, del mismo modo que en la vida. Enigmáticos e insondables. Y desaparecen del mismo modo. Nada sabemos de sus antecedentes familiares, ni de su desarrollo psicológico a través de su propia vida. Sólo lo que ellos mismos quieren decirnos, así de paso, en el leve discurrir de sus charlas eventuales. Y, a pesar de todo, viven con extraordinario relieve.

Sólo de vez en cuando, una frase dicha al pasar, como una espada de luz lanzada en la sombra, nos abre un horizonte en el medio ambiente, en la psicología de los personajes, en la intimidad de las almas.

«La puerta se abrió con violencia.»

«Era Pedro Cuenda. Nó; era, más bien, un abrigo larguísimo y descolorido que sostenía una cabeza calva y sombría, muy sombría.»

«El abrigo larguísimo se sacudió algunos pasos y cayó sentado sobre mi viejo sofá. Allí se inmovilizó Pedro Cuenda.»

He aquí un retrato. No olvidaremos en la vida a Pedro Cuenda.

Podemos, ahora, echar una ojeada sobre una pintura de ambiente:

«El sol se revolcaba sobre el tejado como un caballo que acaban de soltar en el campo y en el interior de casi todas las habitaciones se oían pasos muy conscientes. En el corredor del otro lado, que no era visible desde allí, alguien cepillaba su ropa con entusiasmo de día Domingo.»

«Elena Cuenda apareció de repente en su puerta, al final del corredor, y me miró con un ojo único un momento, un momento tan chiquito como unas pequeñas manchas que había en los vidrios, de esas que dejan las moscas.»

Y van desfilando por la novela conocidos personajes de nuestra vida vulgar. Pablo Serpa, que toca violín en el cuarto vecino. Malas rachas militares y torpes canciones sentimentales. Es un teniente de ejército en cesantía. Su único sueño es volver al regimiento y toda su esperanza la cifra en el cariño con que lo distingue su viejo coronel. Cierta día, un antiguo camarada, le da la gran noticia: ha sido reincorporado. El pobre hombre arrastra a sus camaradas de pensión a una orgía para celebrar el acontecimiento. Sólo al finalizar la noche sabe que todo fué una broma.

«Serpa había palidecido intensamente. Sufría mucho; sus ojos brillaban con gran nerviosidad.»

—¡«Dime la verdad, dímela!»

«Pedro Orza no respondió, pues estaba ya espantado, y sobre su cara de maniquí de sastrería cayó una violenta bofetada que lo hizo rodar al suelo.»

«Entonces Pablo Serpa no pudo disimular sus deseos incontenibles de llorar y volvió la cara a un lado rascándose la cabeza

con una mano, como hacen a veces los proletarios desesperados.»

Y así va la vida. Gildo, el pobre hombre solitario, encuentra un día una mujer, dos mujeres. Una de ellas es Elena Cuenda, tuerta y apaleada; la otra es una ramera que baila al son de las monedas. Esta última lo toma un día y lo deja al siguiente, con la misma burlona e inconsciente crueldad con que el boquirrubio engaña al simple Pablo Serpa. Hilachas de almas, estropajos de humanidad. Ahí quedan todos, moliéndose unos con otros, para calentar los huesos ateridos. Y nada más...

Pero ¿para qué más? ¿No está toda la vida en eso?—*F. Santiván.*

POESIA

ANTOLOGÍA POÉTICA por *Ismael Enrique Arciniegas*—Editorial «Artes Gráficas»—Quito—Ecuador.

Don Ismael Enrique Arciniegas es un conocido diplomático y político colombiano que años atrás fué Secretario de la Legación de su país en Santiago. Antes, lo había sido en Caracas. Después fué Ministro Plenipotenciario en Francia (dos veces). Esto, en cuanto a diplomático que, como político, su carrera también ha tenido fortuna. En varias ocasiones ha sido representante al Congreso, Presidente de la Cámara y Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores.

Paralelamente a estas actividades, ha actuado como periodista colaborando en diversos diarios y periódicos del continente sudamericano y desde el año de 1905 dirige el «Nuevo Tiempo» decano de la prensa de Bogotá. Además, ha cultivado el verso en varias y espaciadas ocasiones, conquistando en ciertos sectores fama de buen poeta.

Su labor en este sentido la empezó con su libro «Poesías», editado en Caracas, en 1893, continuándola con «Cien Poesías» publicado en Bogotá en 1911 y con «Traducciones Poéticas» aparecidas en París en 1925, obra con la que acrecentó su renombre en los «ciertos sectores» a que aludimos más arriba.

El señor Arciniegas es, según propias declaraciones, «fiel a las normas establecidas en cánones de preceptistas» mani-